



# Nueva Economía Fórum

# FORUM EUROPA

Tribuna Catalunya

**D. José Bono**

Presidente del Congreso de los Diputados

Barcelona, 27 de noviembre de 2009

Con el patrocinio de



*renfe*

## **Don José Bono, Presidente del Congreso de los Diputados**

Muy buenos días y muchas gracias.

Escuchando a quien me presentaba, a don Josep Antoni Durán i Lleida, pensaba si no resultaría más útil que yo dijese exceptuando las referencias más elogiosas que personalmente me ha hecho con una sola palabra, yo hubiese dicho amén y comience el coloquio. Pero de hacerlo así hubiesen tenido mucho tiempo para preguntar demasiadas cosas. Y entonces, permítanme que no sea descortés y les diga algo.

Lo primero, gracias porque yo sé que la inmensa mayoría de los que han venido esta mañana, no han venido por el interés de aprender algo que yo pueda descubrir, que no traigo tampoco ningún secreto que trasladarles. Yo sé que no han venido tampoco por un interés en el terreno intelectual o político por mi discurso yo sé que la mayoría han venido pues por cortesía, por mostrar cercanía, correspondencia, afecto y en ese sentido les doy muy sinceramente las gracias a todos.

A mí no me pasa desapercibido quienes están aquí. Han venido todos los grupos políticos, y esto es algo que me conmueve. Que el señor Abad de Monserrat esté, y además en el día en el que está, señor Abad me faltan palabras para darle las gracias, y probablemente lo mejor que haga con usted es no seguir, más que darle las gracias.

Y decirles que cuando escuchaba las palabras que me dedicaba el señor Durán i Lleida, no podía sino sentir además de la gratitud, la conmoción, la primera un poco sorpresiva Josep, y es que te he entendido todo, lo cual me gratifica. De modo que entre estos aprendizajes y los que Tere Cunillera diariamente me ofrece, podré acabar hablando y entendiendo catalán, aunque no fuese en la intimidad.

Y yo hablo de Durán no por correspondencia y por gratitud, aunque también, pero me conmueve que una persona a la que antes de conocer personalmente admiré por cómo se expresa. Es difícil encontrar un político en toda España, yo al menos no lo conozco, que en situaciones complicadas y difíciles, pueda hablar sin mostrar alteración exterior; y por otra parte lo haga con profundidad, y además no recurra a la fórmula que algunos otros recurren cuando no pudiendo hacer profundos, son confusos.

Durán es profundo, no es confuso, es amable y probablemente pues no hace falta que yo destaque que se trata de los mejores parlamentarios que ha habido en el Congreso. Si me permiten, aún cuando no está presente, otro y de su mismo grupo como fue Miquel Roca, pues han dejado señal por donde han pasado.

Probablemente además algo, porque claro tanto has dicho de mí que algo tengo que decir de ti respecto de las críticas que a veces se le hacen, y en cierta ocasión antes de entrar en la Junta de Portavoces decían, pero cómo este Durán no contesta a lo que le están diciendo con esa gravedad falsa en determinada cuestión no muy relevante. Y alguien me contó lo que ocurría entre D. Jacinto Benavente y Valle Inclán, que mutuamente estaban muy enemistados. Y un día le decían a D. Jacinto, pero D. Jacinto, ¿pero cómo usted se calla y siempre habla bien de Valle Inclán, cuando Valle Inclán no hace más que hablar mal de usted? Dice, probablemente los dos estemos equivocados.

Bueno, pues con este modo a lo Benavente, Durán sabe resolver muy bien hasta las relaciones con sus críticos, que he de decir que en el ámbito personal son muy pocos.

Él lo ha dicho, durante gran parte de mi vida política me han encargado iniciar debates, y yo creo que ahí he cumplido iniciando a veces más de lo que uno hubiese deseado. Y ahora me corresponde encauzarlos, o me corresponde dirigirlos. Y, por tanto, aunque hoy no es el día, ustedes comprendan que si yo hubiese elegido el día para venir a Barcelona a dar una conferencia, no hubiese elegido hoy, por muy claras y evidentes razones. Pero claro, en ese jardín del aborto, del Estatut, del secuestro del Alakrana, comprendan que no entre en el jardín, al menos en la intervención, y deje si hay alguna espina, para el coloquio.

Se decía que digo lo que pienso, y además Josep cuando me dejan tiempo pienso también en lo que digo.

Pero yo hoy ya me he comprometido conmigo mismo, aunque me acerbo continente en el ámbito intelectual no quiero yo ser presuntuoso, sea más o menos grande, o la experiencia me invite a ello, no se preocupen que ni pienso agotar los temas, ni agotarles a ustedes, ni decirles todo lo que pienso, ni lo que he pensado en algún momento decirles y que quizás hoy no fuesen lo más adecuado.

Por cortesía a su atención, les digo que me referiré a dos asuntos, y espero hacerlo con brevedad.

- Uno, la reivindicación de la política.
- Y el otro, pues la distribución del poder territorial en España, o lo que Ortega llamó el problema de España.

Es evidente que alguien podrá extraer un titular que a mí me agradecería no dar, pero no por ello voy a dejar de decirles lo que pienso, y decirlo con sinceridad.

Ayer me decía un periodista, ¿y por qué va a hablar usted en Barcelona de reivindicar la política? Yo les digo que estoy plenamente convencido de que es obligado. Si las cosas no estuviesen como están, sería ocioso, pero la ciudadanía marca distancias respecto de los políticos. Es así.

Resulta muy preocupante que el 80%, al menos a mí me preocupa, que el 80% de los españoles digan tener ninguna o poca confianza en los políticos. Es preocupante que sólo el 6% de los ciudadanos dé importancia a la política. Es muy preocupante que en el barómetro último del CIS, en respuesta no sugerida, los españoles hayan dicho que el tercer problema que más le preocupa no es la política, son los políticos, somos los políticos.

La ciudadanía yo creo que está emitiendo un mensaje nítido, que ha comenzado a observarse en los últimos procesos electorales, cuando muchos electores, muchos ciudadanos tímidamente, como la ciudadanía suele hablar, se quedó en su casa y no fue a votar. Y cuando las papeletas no entran en las urnas, podemos dar muchas explicaciones, pero probablemente la más certera es que nosotros, los políticos, no entramos en sus casas, ni en sus problemas, ni en sus aspiraciones cotidianas.

Quienes nos reclamamos de la política, debemos diagnosticar esta realidad, ver en qué fallamos, y ver cuáles pueden ser los modos de resolverlos.

Yo creo que algo tiene que ver con el lenguaje. El lenguaje que usamos los políticos debe servir para traducir con fidelidad los mensajes de la calle. Yo creo que hemos de dejar la dialéctica de la apariencia y de la simulación. Hemos de huir de los planteamientos tibios de esos discursos de madera que no dicen nada, y que sirven para resolver un desayuno, una conferencia o un debate, o un discurso. El político que no es capaz de trasladar algún sentimiento, emoción, a quien le escucha, no merece ser escuchado.

Esa es mi convicción, y en ese sentido las medias verdades, la confusión, el tratar de no ser claros para que no se perciba cuál es realmente la motivación que nos anima, es muy grave.

Yo me reclamo de la política, lo decía Durán. Entré en el Partido Socialista hace 40 años. Cuando yo entré en el Partido Socialista no tenía cerca ser Presidente del Congreso, ni ser Ministro de Defensa, lo único que tenía cerca era la cárcel por ser socialista.

Yo comprendo que no hay que idealizar aquel momento, ni mucho menos. Pero yo no estoy dispuesto a renegar de mi condición. Escuché a una Ministra decir algunos años que ella no era política, pues que sería la Ministra entonces, ¿sería fontanera? ¿Cómo se puede ser Ministro y no ser político? Solamente desde la torpeza o desde el adiestramiento de la dictadura.

Cuarenta años estigmatizando a los partidos y a la política, denigrando la política, ha conducido a que algunos ciudadanos, unos ya digo torpemente y otros maliciosamente, creen que en la conversación privada, en lo coloquial queda bien decir que ellos no son políticos.

Pues yo soy político, y aquí somos muchos los que no solamente no lo negamos, sino que nos honramos de ello. Me reclamo de la política, y creo que es obligado reivindicarla.

Probablemente la primera tarea que hemos de hacer para reivindicarla es huir de los dogmas y huir de los intransigentes, que se dan entre nosotros como se dan entre los notarios, o se dan entre los abogados, o se dan entre los sacerdotes. Perderle el miedo a no respetar los dogmas de la política. A este respecto, con permiso del señor Abad, recuerdo que me encomendaron un día hacer un discurso sobre la tolerancia. Lo tenía que hacer en el Seminario de Toledo, y claro busqué documentación y de pronto encontré gozosamente un libro escrito por un Cardenal, Monescillo, que además era manchego, de Corral de Calatrava, y su primado, y tenía un libro Monescillo a finales del XIX, que se titulaba “De la transigencia”.

Pensé que gozosamente glosando el libro estaba la conferencia dada, abrí el libro por la primera página y decía el Cardenal, pregunta moral: ¿en qué hemos de ser transigentes? Respuesta, en nada.

Pues han pasado un siglo y todavía los hay en los ámbitos de la política, que son transigentes en nada. Y a medida que han ido pasando los años y mi propia experiencia, no crean que hago una concesión generosa, les digo lo que sinceramente pienso. Escuchar al que discrepa no solamente es una señal de educación, es también de inteligencia, porque el que discrepa puede tener razón, aunque no se la demos. Yo ahora en el Parlamento recuerdo muchas veces aquel parlamentario británico que decía: “el discurso de mis adversarios jamás me ha hecho, -perdón-, alguna vez, pocas, me ha hecho cambiar de criterio, -dice-, pero jamás de voto”.

Bueno, aunque no nos haga cambiar de voto, escuchad al que discrepa tiene, ya digo, la inteligencia de que se puede aprender porque puede tener razón. Y a estas alturas del siglo, en política necesitamos más que profetas del dogma, y los hay, guardadores del arca de la alianza, de las quintas esencias ideológicas, necesitamos ingenieros de la eficacia.

Y debemos huir de los fanáticos que todo lo uniformizan, y si nos descuidamos, aunque a mí me agrada ver uniformados, General gracias por su presencia, pero hay fanáticos que lo uniformizan todo de tal manera que serían capaces de ponernos a todos uniforme. Y esto tampoco sería adecuado.

No quiero sobre este particular, sino concluir diciéndoles que hay que huir de los dogmáticos, con la misma fuerza que hay que huir de los corruptos.

Hemos de revisar la vida de los partidos políticos. Los partidos políticos fueron víctimas del totalitarismo, pero el que fuesen víctimas no les da bula para en este momento tener comportamientos que no son dignos de aplauso.

Tenemos que hacer cambios en su estructura, y esto no es algo que refiera a un partido u a otro, a todos. Y no será sino una manifestación sólo de buena fe, mientras no abordemos un debate que es importante, que es delicado, y que sé que puede ser hasta inoportuno que diga. Pero estoy convencido de ello.

Mientras no cambiemos la Ley Electoral va a ser difícil que entremos a fondo en la reivindicación profunda de la política.

Me refiero modificar la Ley Electoral no para ganar batallas ideológicas, las batallas se ganan en las urnas, se han de ganar en las urnas no en el Ley Electoral. Cambiar la Ley Electoral para que los electos se encuentren más cerca de los elegidos. Para que cualquier diputado que aspire a continuar, sepa que es más rentable ganar el favor de los electores que ganar el favor del jefe de filas que hace las candidaturas.

En los momentos actuales es mucho más útil ser amigo del que hace las candidaturas, que dedicar tiempo al distrito.

Y 30 años después de la Constitución y del Decreto Ley Electoral, la ciudadanía acaba percatándose de ello. Hasta el punto de que con torpeza son muchos los que piensan que la Ley Electoral debería permitir papeletas y candidaturas abiertas y no cerradas, y no bloqueadas. Y dicen, ésta sería la solución.

Es falso. Se equivocan en el diagnóstico. Porque es verdad que la papeleta del Congreso de los Diputados tiene el régimen de cerrada y bloqueada, pero la del Senado es abierta, y sin embargo el comportamiento electoral de la sociedad es el mismo. Lo que hay que cambiar es un sistema que conduce sobre todo a reforzar el poder de la cúpula de los partidos, cuando no de uno, dos, o tres dirigentes.

Esta es una realidad que no hace falta ir casa por casa, pero desde arriba se percibe. Probablemente no sé el distrito uninominal sería la solución, ya les adelanto que no. En España tuvimos en la época de la restauración el sistema uninominal como el británico, y fue la época de mayor corrupción política, por el encasillado. Fueron muchos los diputados que formaron parte del Congreso sin elección, en base al artículo 29 que decía que en aquel distrito en que sólo haya un candidato, se le proclamará sin elección, y entre el Ministro de la Gobernación y el Jefe de la Oposición, encasillaban los distritos donde no iba a ver más que un candidato, y de ese modo se burlaba la voluntad popular. Hoy sería imposible.

Pero es verdad que combinar un sistema uninominal con otros, podría ser solución. Y en cualquier caso creo que aunque sea en disminución del poder partidario, no estaría demás que si alguien pensara como yo pienso lo pudiera decir también para que vayamos haciendo masa crítica bastante, porque los partidos no van a dejarse fácilmente por razones que son bien naturales.

Creo que en la transparencia hemos de avanzar más y con más rapidez, para la reivindicación de la política. Creo que tenemos que comportarnos en la administración de los fondos públicos, como el buen padre de familia. A estas alturas del curso del siglo, es difícilmente explicable un sistema de retribuciones públicas por ejemplo, donde gana igual el que trabaja que el que no trabaja, el que se esmera que el que no se esmera.

¿Pero en qué cuaderno o catecismo está escrito que se gana prestigio sin distinguir la eficiencia o la productividad, por ejemplo, de los servidores públicos?

Solamente lo apunto.

Y por último, para reivindicar la política hace falta cierto grado de autonomía. Se puede ser de un partido y se puede ser autónomo, sí. Pero no se puede ser autónomo a la usanza de la Corte del Rey Sol, que ya saben que preguntaba qué hora es, y el cortesano solía responder la que desee su Majestad.

No, la hora es la que es le guste o no le guste a su Majestad, porque si actuamos como en la Corte del Rey Sol, ni el Rey acaba sabiendo la hora, ni el cortesano en qué día está, y finalmente todos confundidos.

Tener la suficiente entidad para ser autónomo es probablemente lo más complicado entre las tareas de reivindicación política, porque que fácil es ser autónomo respecto del partido contrario, es muy fácil. O ser autónomo del periodista que todos los días singularmente todas las mañanas nos insultaba a todos. Era fácil ser autónomo respecto del que todo el día te critica. Pero, ¿y ser autónomo del que todos los días te alaba? ¿Y ser autónomo de aquel que escribe para que se haga lo que él dice, y hasta tal punto ha

llegado su poder que el político que no sigue la senda tiene el peligro de no ir en la candidatura, o sencillamente de pasarlo mal?

Ser autónomo respecto del propio partido, tener el coraje cívico de decir que cuando todos en un partido piensan milimétricamente igual, no es un mérito, esto ocurría en los países con ausencia de democracia. Cuando en un partido todo el mundo piensa milimétricamente iguales por una de estas dos cosas, o porque uno piensa por todos, o porque no piensa ninguno y los ciudadanos acaban dándose cuenta de esta circunstancia, y así no se prestigia a la política.

Les decía que la segunda cuestión era una breve referencia al poder territorial.

Me imagino que habrá en el coloquio ocasión de ampliarlo, mi percepción es que en España el asentamiento de la libertad ha ido siempre ligado a la distribución territorial del poder. Y desde la primera República que se esfuerza y se esmera en ensayar el federalismo, pasando por la segunda República con aquella fórmula del estado integral, que formula Jiménez de Asúa, hasta la Constitución del 78, en España podemos decir que la libertad y la distribución territorial del poder, son fenómenos que se interrelacionan, que van unidos.

Probablemente la Constitución del 78 sea la que mejor lo ha resuelto, desde luego la que más tiempo ha resuelto el problema del modo en que lo ha resuelto. Pero déjenme que les diga que más que normas jurídicas, necesitamos valores colectivos que a los ciudadanos de un país, de un estado, de una nación, nos hagan sentirnos históricamente juntos, y voluntariamente dispuestos a seguir juntos en un proyecto común.

Y ese proyecto común, el que yo intuyo o evoco, es un proyecto que tiene que condenar el centralismo. Yo comprendo que alguien que me escuché pueda sonreír diciendo como un manchego, un castellano, que critica el centralismo. Pero claro, esa sorpresa podría ser en quien haya asumido la evidencia cómoda de que el centralismo político se asienta en el centro geográfico, pero esto no es así.

Yo soy del centro geográfico, y en el centro geográfico hemos padecido el centralismo de tal manera, que cuando se nos llamaba a las gentes de la meseta pues poco menos que dominadores, yo quiero que sepan que estábamos tan dominados que ni siquiera sabíamos que éramos dominadores. Porque el centralismo, como dice un autor catalán Vicens Vives, no es un fenómeno geográfico, es un fenómeno político, dice Vicens Vives, que se confabula para jerarquizar los valores y prostituirlos.

Y dice que el centralismo en España se asienta en un trípode, si no lo hubiera dicho Vicens Vives, yo no lo diría. En un trípode con tres patas: los federalistas castellano andaluces, los siderúrgicos vascos, y los productores textiles catalanes, decía Vicens Vives.

No es que lo traiga para molestar a nadie, sino para decirles que el centralismo lo padecimos en el centro geográfico de tal manera, que el día en que yo tomé posesión, 43 castellanos manchegos de cada 100 no sabían leer. Sabían dibujar su firma, pero no entendían una carta de un hijo, ni el prospecto de unas medicinas. Mi tierra había sufrido el centralismo político de tal manera, que déjenme que se lo diga sonriendo, una copla muy famosa a principios del siglo XX y del XXI, que aún tiene vigencia, dice así:

Si aspiras a diputado  
busca distrito en la Mancha  
que allí no siendo manchego  
segura tienes el acta.

Pues sí. Eso ocurre, ocurría en mi tierra mucho, ahora menos, pero es que el centralismo avasallaba y prostituía valores que eran dignos de ser defendidos.

Ayer me preguntaba un periodista, ¿cómo se ve Cataluña desde el centro? Y se quedó muy sorprendido, y probablemente defraudado, porque le dije algo rigurosamente cierto con lo que estoy evocando más de lo que digo. Dije, mire, mi tierra no tendría autonomía si no fuese por Cataluña. En Castilla La Mancha no tropezamos con la autonomía, no la habíamos solicitado, no la habíamos demandado, no sabíamos ni lo que era. Tanto es así, que yo recuerdo en la facultad de derecho gritando libertad, amnistía y estatuto de autonomía. Libertad para todos, amnistía para los presos, y estatuto de autonomía para Cataluña y País Vasco. ¿Decir la verdad tendrá que exigirme arrepentimiento?

Y de pronto nos tropezamos con la autonomía. ¿Por qué nos tropezamos con la autonomía? ¿Por qué la pedimos? No.

Hoy se ha consolidado. Mi tierra ha ganado más en estos 30 años, que probablemente en varios siglos anteriores.

Un periódico madrileño para molestarme, dijo, ¿qué es ese invento de la autonomía castellano manchega? Yo le escribí al Director una carta y le dije, lo has dicho para molestarme, pero no me molesta porque es un invento.

Claro que es un invento el de la autonomía, lo que ocurre es que es el mejor invento que hemos tenido en el siglo. Primera cuestión.

Y segundo, ¿conoces alguna nación en el mundo que alguna vez, aunque fuese hace siglos, no fuera un invento? ¿Acaso los faraones no pensaron que iban a ser eternos? Y cayeron. O el imperio romano, que Dioclesiano a una villa le daba el título de romana por los siglos de los siglos, decía el emperador. Y los siglos acabaron, o mejor dicho, acabó el imperio y los siglos siguieron.

En ese sentido, claro que fue un invento la autonomía en mi tierra, como en tantos otros. ¿Pero por qué tuvimos autonomía, que es lo que ahora me interesa? Pues porque se entendió que para que los poderes fácticos, singularmente el Ejército, no se sublevara, admitiera el proceso constitucional en momentos complicados y difíciles, se pensó que con el café para todos se resolvía el problema de Cataluña y País Vasco.

Y se aplaudió en aquellos momentos. ¡Qué idea más estupenda! Lo que va a tener Cataluña que reclamó durante siglos, lo va a tener la Mancha y la Rioja que no lo habían pedido nunca.

Y pareció un buen invento.

Y yo creo que no es un mal invento, pero probablemente deberíamos examinarlo en profundidad, y sabiendo su etiología poder resolver los problemas que tenemos. Porque hoy tenemos un problema territorial, y el café en este modo evocativo que hago, puede tener alguna razón explicativa.

No les canso mucho más.

Pero me da la impresión que como a cualquiera de ustedes, a mí tampoco me avergüenza sentirme honrado con mi país. Y no estoy en condiciones de competir de un modo que pueda ser interpretado como despreciativo.

Ese periodista que me preguntaba cómo veía a Cataluña, le contesté de este modo. Yo no concibo mi país, no concibo España sin la fuerza que ustedes representan, que han representado en la historia, y que representan en el momento actual.

Y tenemos que mirarnos no como vecinos recelosos, y no es bueno hacer antiespañolismo en unos sitios y anticatalanismo en otros. Y si hemos cometido errores, creo que es hora de que nos percatemos que hemos de superar las ideas rancias y antiguas relacionadas con los territorios.

Yo me acostumbré a ser desde muy chico consciente de que formaba parte de la antiespaña. Yo recuerdo como algunos chavales en Alicante les decían los jesuitas, “niño, habla el idioma del imperio”. Maldito imperio que no dejaba en libertad en ningún idioma.

Hemos de ir acostumbrándonos a recrear un modo distinto del rancio y antiguo de ser ciudadanos, de ser españoles, sabiendo que esto no se impone, que no se puede imponer el sentimiento por decreto. Y sabiendo además, que los problemas que tenemos nosotros, los tienen muchas gentes, en muchos lugares del mundo.

Miren, en el mundo hay 180 más o menos estados independientes, con 600 lenguas vivas, con más de 5.000 grupos étnicos, y en ninguno de ellos hay pureza ni racial ni étnica, en ninguna Comunidad Autónoma ocurre tampoco así.

He visto en el Le Monde un titular que atribuyen al Presidente del Senado francés que decía Mariana, la República, está haciendo su psicoanálisis, y decía, reflexionamos sobre lo que significa vivir juntos en Francia.

Estos problemas están en muchos sitios. Hemos de reflexionar acerca de qué significa vivir juntos, pero probablemente vivir juntos sea poner en común sentimientos, una nación, un país es una comunidad de sentimientos. El estado es otra cosa, el estado es una comunidad de normas o de organismos, o de formatos jurídicos. Pero una nación es una comunidad de sentimientos.

¿No les parece que sería bueno que empezásemos a poner en común los mejores sentimientos? Porque si nos empeñamos en poner en común los peores sentimientos, haremos un mal servicio, probablemente a la nación, y sin duda alguna al bienestar de los ciudadanos.

Yo les agradezco mucho la atención que me han prestado, especialmente a los que menos de acuerdo estén con lo que digo ahora, o que he dicho antes, en otros momentos. Pero quien no avanza, quien que el cree que el dogma hay que defenderlo por ser viejo y por ser propio, está muy equivocado.

Lo más inteligente es escuchar al que discrepa, y yo en Cataluña he aprendido muchas cosas. Y en contacto con los diputados y diputadas catalanas, hablaba de la cercanía de Teresa Cunillera, pero hoy están aquí diputados de todos los grupos políticos, y debo decirles que tienen ustedes una fuerza de la que tienen que sentirse orgullosos.

Ningún otro territorio de España, tiene la fuerza cuantitativa de los grupos políticos que representan en el Congreso de los Diputados a Cataluña. Y además la fuerza cualitativa de que ustedes han sido suficientemente inteligentes, como para modificar, reformar o influir con geometrías variables y diversas la estabilidad del Gobierno de España.

Han sido distintos los grupos en los que se ha apoyado ese Gobierno, y diferentes y enfrentados, pero todos catalanes.

Probablemente con la excepción del PNV, ningún otro territorio de España puede decir lo mismo. Y en cuantía ninguno, y en cualificación tampoco.

Pues sintámonos orgullosos de la fuerza que ustedes representan, y que reconozco sin ningún tipo de concesión cortés, sino sencillamente porque lo pienso, lo creo y de ello estoy convencido.

Muchas gracias.